

PR 5306

T2

V.3



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

## EL TALISMAN.

CUENTO DEL TIEMPO DE LAS CRUZADAS.

### CAPITULO PRIMERO.

Cuando el rey de Inglaterra se separó del de Francia, despues del ruidoso suceso que habia turbado su tranquilidad, se encaminó á sus reales, y se entregó al descanso, con aquella seguridad que debian inspirarle su

010770

indómito brio y el triunfo que acababa de conseguir en presencia de toda la hueste cristiana; porque sabia que la humillacion del Austriaco alcanzaba á otros muchos enemigos secretos, y lisonjeaba su orgullo la idea de que con un solo golpe, habia posturado y deshecho una coalision entera de antagonistas.

Despues de un lance tan crítico, y en que tan á cara descubierta se presentaron la malevolencia y la envidia, cualquier otro monarca hubiera doblado sus guardias, y puesto sobre las armas á la mitad de sus tropas. Pero Corazon de Leon despidió á los alabarderos que custodiaban la puerta de su pabellon, y mandó que se diesen á los tercios de Inglaterra algunos cueros de vino, para beber alegremente á la salud de la bandera de san Jorge; y cierto que los cuarteleros de los soldados ingleses hubieran presentado aquella noche la imágen del desorden y del descuido, si el baron De Vaux, el conde de Salisbury, y otros caudillos del ejército no hubiesen tomado grandes precau-

ciones para conservar la subordinacion y la disciplina.

El fisico árabe estuvo asistiendo al rey desde que se retiró hasta pasada media noche: dos veces, durante este tiempo, le administró una medicina calmante, de que tanta necesidad tenian su sangre y sus nervios, despues de tanta efervescencia y agitacion, cuidando siempre de observar, antes de dar el remedio, el aspecto de la luna, y el sitio que ocupaba en el firmamento, pues segun los principios científicos que habia aprendido en los libros de los escritores de su nacion, el influjo de aquel astro determinaba el bueno ó mal efecto de sus breverages. Cuando habian pasado tres horas despues de media noche, El Hakim se retiró de la tienda del rey hácia una inmediata que se le habia destinado para su alojamiento, y el de las personas que componian su séquito. Mas antes de recogerse, creyó conveniente pasar al alojamiento de sir Kenneth del Leopardo, para informarse del estado de su primer paciente, el viejo Straucham, fiel escudero del

Escoces. Entró en efecto, y tuvo deseos de ver al mismo sir Kenneth, cuya ausencia extrañó en aquella hora avanzada de la noche. Supo que se le había dado el honroso encargo de guardar la insignia de Inglaterra, y probablemente esta noticia movió su curiosidad, y le indujo á pasar al monte de San Jorge, donde como ya hemos visto en el capítulo precedente, halló al infeliz cruzado en tan lamentable y peligrosa situacion.

Empezaban á despuntar los rayos del sol por el horizonte, cuando se oyeron unos pasos lentos que se dirigian hácia la tienda del rey, y el ruido que al mismo tiempo hacia la armadura del que los daba: y antes que De Vaux, que dormia junto á la cama de su amo, y que el rumor de una mosca solia despertar, tuviese tiempo de alzarse y decir — ¿Quién vive? entró en la tienda el caballero del Leopardo, inclinada la cabeza, y abatidas sus miradas, y no ya con el denuedo que ordinariamente se notaba en su porte, y facciones.

— ¿Qué significa esta entrada repentina?

preguntó el baron, con su natural aspereza y prontitud, aunque moderando la voz, á fin de no interrumpir el sueño de Ricardo.

— Ola, De Vaux, no te enfades, dijo el rey que en aquel instante despertaba. Sir Kenneth viene á dar parte de su guardia, y en estos casos mi tienda está siempre abierta á los valientes que me sirven. Sentóse al decir esto en la cama; apoyóse en el codo, y fijando sus expresivas miradas en el Escoces, habla sir Kenneth, le dijo: ¿qué ha ocurrido esta noche? Supongo que has sido centinela fiel y vigilante, y que has desempeñado honsoramente tu encargo. ¿No es así? El ruido que la bandera de Inglaterra hace en los aires bastaba para defenderla de mandrines, aunque no la hubiera guardado un caballero, al que pocos hay que puedan compararse en los tercios de la cruzada.

— No pocos, señor, respondió sir Kenneth; decid mas bien ninguno. Mi guardia no ha sido vigilante, ni honrosa. El estandarte de Inglaterra ha sido arrebatado.

— ¿Y tú vives todavía? dijo Ricardo,

chanceándose como quien está dudando si creará ó no creará lo que oye. ¿ Dónde estan las heridas que has recibido? Pero ¡ qué! ¿ no respondes? ¿ Estas mudo? Sábeta que no se debe jugar con los reyes; te perdono sin embargo si has mentido.

— ¡ Mentir, señor! contestó el malaventurado caballero, con enfático orgullo, y una mirada penetrante y expresiva, rápida como la chispa que despide el frio guijarro. No he mentido, señor, y tal es mi situacion que aun á este nuevo ultraje debo someterme. La verdad he dicho.

— Por Dios y por san Jorge! exclamó el rey, estallándole ya la cólera, que sin embargo refrenó con extraña prontitud. De Vaux, corre á la plataforma... ese hombre tiene la misma calentura que su escudero... no puede ser lo que dice. Su valor no se ha desmentido jamas... es imposible... sir Thomas, no te detengas, ó envia alguno si no quieres ir.

Sir Enrique Neville entró en aquel momento, y cortó la palabra al rey, diciéndole

que habian robado la bandera, y que el caballero que la guardaba habia cedido á fuerza superior, ó quizas perecido en su defensa, puesto que se veia alguna sangre en el sitio.

— Pero ¿ qué es lo que veo? dijo Neville, percibiendo de pronto al caballero del Leopardo.

El Escocés estaba inmóvil, descolorido, sin morrion ni otra defensa alguna en la cabeza, bajos los ojos, y quizas encomendándose á Dios, en aquel trance que contaba como el último de su vida. Enfrente de él, y á distancia de poderle alcanzar con la maza, Ricardo, medio desnudo, empuñó aquel arma formidable que ya iba á dirigir al cuitado Escocés, cuando la bajó de pronto, diciendo á Neville: ¿ Habia sangre en el sitio? ¿ Qué ha sido esto, Escocés? Valiente eres, como yo mismo lo he visto en mas de una ocasion. Dime que has despachado tres ó cuatro de esos perros que atacaron mi estandarte... uno solo... dime si quiera que has dado un tajo en defensa del

honor de Inglaterra, y te dejo ir con vida, aunque no te pueda lavar de tu infamia.

— Me habeis tratado de embustero, respondió sir Kenneth, y en eso me habeis hecho agravio. Sabed que no ha habido mas sangre vertida en defensa del pendon de Inglaterra, que la de un pobre alano, mas fiel que su dueño, puesto que supo defender el puesto en que habia quedado.

— Por san Jorge, exclamó Ricardo, y alzó el brazo para descargar el golpe de su venganza; pero De Vaux se arrojó entre el rey y el objeto de su enojo, y hablando con la dureza propia de su carácter: — Eso, dijo, no debe hacerse aquí, ni por vuestras manos. Hartas locuras fueron las de ayer tarde, y la mayor de ellas haber confiado á un Escoces la perla de las huestes Inglesas. ¿ No he dicho yo mil veces á vuestra magestad que todos ellos son falsos y desleales ?

— Lo has dicho, de Vaux, respondió el rey; lo has dicho y con razon: lo confieso. La culpa es mia en no haberlos conocido, aun despues que el zorro de Guillermo me

ha jugado tan brava pieza con esta de la cruzada.

— Señor, dijo sir Kenneth, Guillermo de Escocia no sabe engañar, ni jamas engañó á vuestra magestad. Si no ha concurrido con sus tropas á esta empresa, las circunstancias se lo han estorvado.

— Calla, hombre sin vergüenza, dijo el rey, y no profanes el nombre de un soberano, que tus labios no son dignos de pronunciar. De Vaux, este hombre me saca de tino, me vuelve loco. Cobarde es y traidor, pero ¿ no le acabas de ver impávido y sereno, cuando le amenazaba el golpe de mi furia, como si fuera á recibir de mi mano el espaldarazo de la orden de caballería ? Si hubiera dado el menor síntoma de miedo; si una sola vez hubiese pestañeado, ó temblado alguno de sus miembros, le habria hecho trozos la cabeza como una copa de cristal. Pero ¿ que he de hacer con un hombre que ni teme ni resiste ?

A estas palabras del rey, sucedió un profundo silencio.

— Señor.... dijo sir Kenneth.

— ¡ Y qué! exclamó Ricardo; has recordado el habla? Pide perdón al cielo, mas no me lo pidas á mí, que yo no perdono á quien ha deshonrado á Inglaterra, y si fueras mi propio hermano, tampoco te perdonaría.

— A ningún hombre mortal he pedido yo ni pediré perdón, repuso el Escocés; vuestra magestad me conceda ó me niegue el tiempo necesario para disponerme á morir como cristiano. Si no lo consigo, el rey de los cielos, que es mas poderoso que Ricardo, me dará la absolución que pido á su santa Iglesia. Pero sea que muera ahora mismo, ó dentro de media hora, lo que os pido encarecidamente es que me concedais un momento de audiencia, para hablaros sobre cosas que atañen á vuestra real persona, y á vuestra fama como rey cristiano.

— Habla, dijo el rey, creyendo que sir Kenneth iba á referir cuanto habia ocurrido aquella noche, ó alguna otra circunstancia relativa á la pérdida de la bandera.

— Lo que yo tengo que decir, continuó sir Kenneth, es cosa que solo concierne á vuestra magestad, y solo debe llegar á sus oídos.

— Retiraos, caballeros, dijo el rey á Neville, y á De Vaux.

Neville obedeció el mandato del rey; pero sir Tomas se mantuvo á su lado.

— Habeis confesado, dijo, que yo tenia razón, y lo que se hace con un hombre que tiene razón, es dejarle hacer lo que quiera. Yo no os dejo á solas con este hombre.

— ¡ Cómo, sir Tomas! exclamó Ricardo, con ademanes de enojo y de impaciencia. ¿ No te atreves á dejarme solo con un traidor?

— No, señor, respondió sir Tomas, y en vano son todos esos ademanes de cólera. Estais enfermo, y él está sano; estais desnudo, y él está armado de punta en blanco.

— No importa, dijo el del Leopardo, ni creais que busco pretextos para ganar tiempo, ó vivir algunos minutos mas. Hablaré en presencia del lord de Gilsland, á

quien conozco por bueno y leal caballero.

— Hace media hora que hubiera yo dicho otro tanto de tí, contestó el baron en tono de pena y como si se avergonzase de verse elogiado por un traidor.

— Rey de Inglaterra, falsías hay en torno de tí continuó sir Kenneth.

— Puede ser cierto lo que dices, respondió Ricardo, y no ha mucho que tú me has dado una prueba positiva de ello con tu ejemplo.

— Traicion, continuó el Escoces, hay en torno de tí, mas injuriosa mil veces á tu honor y á tu corona que la pérdida de cien estandartes. La... la... sir Kenneth tembló al pronunciar estas sílabas; al fin haciendo un esfuerzo, lady Edit dijo...

— ¡Ah! dijo el rey, alzándose de pronto y fijando los ojos en el Escoces con severidad y al mismo tiempo con curiosidad y atencion. ¿Qué dices de lady Edit? ¿qué tiene ella que ver con el ultraje del pendon de Inglaterra?

— Señor, dijo sir Kenneth, en el campa-

mento de los príncipes cristianos se está fraguando á la hora esta un plan que no puede redundar sino en mancilla de vuestro real linage, en desdora de vuestra diadema, y en ofensa de la religion de Cristo. Hay quien trata del enlace de lady Edit con el soldan sarraceno, y de negociar, á costa de vuestra honra, una paz vergonzosa á la cristiandad, por medio de una alianza vergonzosa á Inglaterra.

Las palabras del caballero escoces produjeron un efecto contrario al que él se habia prometido. Ricardo Plantagenet era uno de aquellos hombres francos hasta en la enemistad, que no aceptan de los que aborrecen, ningun servicio, por grande é importante que sea. La impresion que hacian en su alma las noticias y los consejos, no dependia de su verdadero valor, sino del aprecio que hacia del órgano que se los comunicaba. Al oír el nombre de aquella noble doncella, se acordó de las osadas pretensiones de sir Kenneth, y si las habia condenado como audaces y termerarias cuando el caballero no

habia desmerecido su título, en su condicion presente le parecieron afrentosas y criminales. Por lo que el nombre de su parienta en boca de aquel desventurado, despertó en él toda la cólera que en su índole precipitada é irritable cabia.

— Sella el labio, atrevido, le dijo; por la luz que brilla en los cielos, que te haré arrancar la lengua con tenazas de hierro hechas ascua, si otra vez pronuncias el nombre de una dama noble y cristiana. Sábeta, mal nacido traidor, que no se me ocultaba el objeto en que habias osado poner tus miras, y que si sufrí tamaña insolencia, cuando me engañabas con las apariencias del honor y de la sumision, porque eres un compuesto de engaños y falsías, era por no desanimarte en la carrera de la gloria. Mas ahora tus labios han confesado tu vilipendio, y no sabré consentir que manches con ellos á quien tan de cerca me toca. ¿Qué te va á tí en ello? ¿Qué te importa que sea sarraceno ó cristiano el esposo que se le destina? ¿Seria tan extraño que yo buscasse el honor y la lealtad

en la persona de Saladino, cuando estoy rodeado de príncipes cobardes de dia, y ladrones de noche, y cuando veo á un caballero cruzado mas infame y mas cobarde que el mas vil de los Arabes del desierto?

— Nada por cierto me interesan las cosas del mundo, respondió sir Kenneth, puesto que tan próximo estoy á dejarle; pero tendré la cuerda al cuello, y no cesaré de decir que tu fama y tu conciencia peligran; y dígoteme mas, rey Ricardo, que si tan mal aconsejado procedes, que consientas en que la mano de lady Edit.

— No la nombres, ni por un instante pongas en ella tu pensamiento, respondió Ricardo, echando otra vez mano á la maza, y relajando poco á poco el impulso con que habia hecho este movimiento.

— ¡No nombrarla, ni pensar en ella! respondió sir Kenneth, en quien el abatimiento con que habia empezado su conversacion con el rey, sucedió la energía y la decision de la pasion verdadera, oyendo un mandato mas doloroso para él que la sentencia que le



aguardaba. ¡ No nombrarla, ni pensar en ella! Por la cruz santísima, en que cifro toda mi esperanza, que su nombre será la última palabra que mis labios pronuncien, y su imágen la última que se presentará á mi alma, antes de separarse para siempre de este valle de lágrimas.

— ¡ Qué hombre es este! exclamó el rey sin poder contener la admiracion que sir Kenneth le causaba, en medio del horror con que miraba su delito.

Iba sir Tomas á mediar en la conversacion, pareciéndole oportuno que terminase allí, cuando se oyó algun ruido en la antecámara, y las voces de los gentileshombres que anunciaban la entrada de la reina.

— Detenla, detenla, sir Tomas, dijo el rey, que no se presente aquí. No es esta escena para mugeres. Avergüenzome que un traidor me haya sacado de este modo fuera de mí mismo. Quítale de mi presencia, le dijo inmediatamente al oido; sácale por la entrada trasera del pabellon... cuidado con

él... tu cabeza responde de la suya. Dentro de poco recibirá el castigo de su traicion; que se le proporcione un sacerdote, y no matemos al mismo tiempo el cuerpo y el alma. Que no haya degradacion en su suplicio; muera con espuelas y tahalí, como caballero. Su traicion es mas negra que el infierno; pero su impavidez es la del mismo Satanas.

De Vaux, satisfecho interiormente con que terminase la conversacion, sin que Ricardo hubiese cometido la locura de manchar sus glorias con la muerte de un indefenso, sacó á sir Kenneth del pabellon, por donde el rey habia mandado, y le condujo á una tienda separada, donde fué desarmado y puesto en cadenas. El prevoste y sus subalternos quedaron encargados de su custodia, y el baron no pudo ver estos preparativos sin lanzarle una mirada de compasion, refrenada por el horror que le inspiraba la presencia de quien habia desobedecido al rey, y abandonado tan cobardemente el precioso depósito que se le habia confiado.

Terminadas todas las precauciones que él prevoste juzgó oportunas, sir Tomas dijo con vos grave, y mesurado continente al malhadado caballero: — Es la voluntad del rey mi amo, que vayais al suplicio sin degradacion de vuestros honores, ni infamia de vuestras armas, y que no sea mutilado vuestro cuerpo, despues que el hacha del ejecutor os haya separado la cabeza de los hombros.

— Harto benigno ha andado su magestad en esa disposicion, respondió sir Kenneth, con indicios de recibir un favor inesperado y casi penetrado de agradecimiento. Mi mancha no se comunicará á mi familia; ¡O padre mio! ¡padre mio!

Esta exclamacion, primera señal de dolor que el caballero habia dado desde su triste aventura, no pudo menos de conmovier al baron ingles, el cual, como ya se ha dejado conocer en el curso de esta historia, era áspero de modales, y de semblante desapacible y brusco, pero no carecia de sentimientos humanos, ni gozaba cuando veia padecer á

los otros. Humedeciéronse sus ojos, y él los estregó prontamente, de miedo de parecer pusilánime y afeminado.

— Tambien quiere su magestad, continuó diciendo, que os visite un sacerdote, para que os pongais bien con Dios. Al venir á esta tienda he encontrado un religioso carmelita, que podrá conveniros para este arduo negocio. Ahí afuera aguarda, hasta que os halleis dispuesto á recibirle.

— Sea cuanto antes, dijo el del Leopardo, y doy gracias al rey Ricardo por este beneficio. Nunca puede venir ese buen padre en mejor ocasion que la presente, porque la vida y yo nos hemos despedido, como dos viajeros que caminan juntos hasta la encrucijada en que deben separarse.

— Está bien, dijo De Vaux, bajando la voz y demudándose algun tanto, y mejor es que asi esteis dispuesto, porque Ricardo quiere que se proceda al instante á la ejecucion.

— Hágase, dijo sir Kenneth, la voluntad de Dios y la del rey: que yo, ni niego la

justicia de la sentencia, ni deseo que se suspenda el golpe.

De Vaux se encaminó á la puerta de la tienda, pero deteniendo el paso, y vacilando en dudas é irresoluciones. De pronto se volvió al caballero, en cuyo rostro no aparecía ninguna de aquellas emociones que producen las cosas terrenas, sino el recogimiento y la insensibilidad de quien ha fijado sus pensamientos en la otra vida. El Ingles no estaba acostumbrado á presenciar otros males que los que trae consigo la guerra: así que, la presencia de un jóven valiente, próximo á perder la vida á sangre fria, y de un modo tan ignominioso, excitó en su alma toda la sensibilidad que en ella cabia. Acercóse apresuradamente al monton de esteras en que sir Kenneth estaba sentado, tomó una de sus encadenadas manos, y dijo con toda la blandura que su bronca voz podia expresar: — Sir Kenneth, en la flor de la vida estás, y padre tienes que espera hallar en tí un apoyo para el último tercio de la suya. Yo tengo un hijo, y si no fuera por el lance

de anoche, no le hubiera deseado otras prendas que las que en tí he conocido. Dime ahora con verdad. ¿No tienes nada que alegar en tu defensa?

— Nada, respondió tristemente sir Kenneth; he abandonado mi puesto; he dejado violar el honor de Inglaterra. Solo me toca presentar el cuello á la cuchilla.

— Dios tenga piedad de tu alma, dijo sir Tomas. De buena gana hubiera perdido el mejor de mis caballos, por haber estado la noche pasada en tu lugar, en el monte de San Jorge. Aquí hay un misterio que salta á los ojos, pero que no es fácil distinguir. Cobardía, no puede ser, que los cobardes no pelean como yo te he visto pelear. Traicion, tampoco: que los traidores no mueren con esa impavidez y fortaleza. ¿Quién te ha arrancado al puesto del honor? ¿Alguna estratagemata de la cual no has podido librarte! ¿Los lloros de alguna desventurada! ¿Las arterías de alguna sirena! Si así es, habla, y no te avergüences, que todos hemos pasado por esos mismos escollos. Abreme tu cora-

zon. Ricardo es misericordioso, cuando se le pasa el primer arrebato. ¿Nada tienes que decirme?

El infeliz Escoces apartó la vista del buen sir Tomas, y respondió: — Nada.

Y De Vaux que habia agotado todos los recursos de su elocuencia, salió de la tienda, cruzados los brazos, y casi avergonzado de mirar como cosa de tanto momento la muerte de un Escoces. Sin embargo, reflexionó que si los Escoceses eran sus enemigos naturales en Cumberlandia, debian mirarse como hermanos en Palestina.

## CAPITULO II.

La noble y esclarecida Berenguela, hija de Sancho, rey de Navarra, y esposa del héroe Ricardo, era una de las mas hermosas y cumplidas damas de su siglo. Eran breves y no muy mórbidas sus formas, pero arregladas á lindas proporciones, y modeladas